

¡A martirio, martirio y medio!

Si se me pide un consejo respecto de una mujer hermosa que desea casarse con un perillán, que además de ser feo y ridículo es *un vaso de corrupción*, como diría el venerable Granada; si mi parecer, por demás desautorizado, se consulta en esta ocasión, contestaría redondamente: no; ahora bien, no es menester que eche á los cuatro vientos los nombres de los novios, porque ello no importa á nadie y además no añade un adarme de inte-

rés á este artículo, que no pasa de ser una simple opinión emitida en un asunto *de adentro*.

YA se ha dicho, y por elocuentes bocas, que á una criatura, linda como la Venus de Milo, de ojos de hurí, de labios rojos, como los pétalos de una amapola y de mejillas de fuego, no es posible convertirla en esposa de un calavera, que más bien debe desposarse con una nubia ó con una mona, antes que con uno de estos deliciosos pimpollitos.

DE lo expuesto no se siga, como consecuencia, que tengo humos de celibatario, ó por lo menos, que me han emplumado una calabaza, sino que juzgo de las cosas con conocimiento de causa, es decir, con verdad sabida y buena fe guardada.

Antes que el martirio el claustro: es mi opinión; pueda ser que ella no agrade á la ge-

neralidad, porque eso de irse de buenas á primeras á un convento y vegetar allí como plantas sin atractivos, no es cosa muy agradable, y máxime cuando para ello es necesario cortarse la cabellera abundosa y ensortijada; y esto no se crea que lo exige el amor patrio por boca del oráculo de Ysis, como lo hizo Berenice, sino por un precepto inconducente, que ha dogmatizado la costumbre y que injuria á la naturaleza.

PERO si es verdad palmaria, como dos y dos son cuatro, que vivir entre las frías paredes del claustro, causa extrañeza y desconsuelo; todavía lo considero más humano, más aceptable, que sacrificarse en pro de un ser que, moralmente, se halla, por sus apocados merecimientos, en imposibilidad de hacer feliz ni á una sierva.

UN notable escritor ha dicho que el claustro está lleno

de celestes encantos y armonías; puede ser cierto, no lo niego; pero muéstreseme uno siquiera que indique á la mujer el sacrificio en aras de esponsales indignos

En el claustro se sirve á Dios; sin la misteriosa sombra de un hermoso cabello, con un semblante de palidez de cirio, que presenta la imagen de la demacración, pero se sirve á Dios; y en un matrimonio de la clase del que vengo hablando, no se sirve ni á Dios ni al diablo, sino á un monstruo, á una negación absoluta de hombre.

LA mujer, en este caso, no debe titubear, al menos este es mi parecer; porque antes que se haga infeliz para eternas memorias, antes que sus bellas formas sean ajadas por las manos de un mal esposo, son preferibles las intranquilas soledades del convento

No hay término medio: si lo primero, es decir, aquel enla-

ce fatídico, culpa es de la mujer el llorar más tarde rodeada de sus hijos, las faltas de un marido para quien no tienen el menor atractivo, los castos brazos de una esposa y los dulces besos de aquellos inocentes seres sobre quienes hace caer gota á gota el veneno de sus vicios y escándalos. Si lo segundo, la vida del claustro; tiene que sufrir terribles privaciones, arduas pruebas que requieren un lecho de espinas para practicarlas, pero que, al cabo, ceden bajo el peso de la costumbre y de la inercia.

ESTOY, pues, por el convento y no por el martirio.

SI la mujer se ve en medio de este pavoroso dilema, que sepulte sus gracias, sus amistades, su porvenir, en ese abismo de la vida, pero que no se entregue á una desesperación irremediable, que no franquee las puertas de un hogar, en cuyo dintel, vela como odio, so eunuco el fastidio.

Ya dejo claramente expresada mi opinión sobre este particular; ahora sólo me resta á la manera del bardo italiano, señalar á la mujer el camino del martirio con este terrible verso:

Per mi se va nella città dolente,
Per mi se va nell eterno dolore.



Nada sobre nada

(De cuando yo era periodista).

SIN saber qué decir me encontraba anoche, en la actitud que describe el sublime Manco de Lepanto: con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla; pero es el caso que se me presentó el Director, que es capaz de poner en movimiento al hombre más poltrón de la tierra, y con voz un sí es no es alterada, me dijo: «Señor mío, hace falta algo para completar el material, y si mal

no recuerdo, Ud. ofreció al público escribir cualquier cosa el pasado jueves, y como no lo ha hecho, le hago presente el compromiso. Pecho al agua, y no estarse así tan quedo». Ante una orden como ésta, que parece la de un Pachá, no hubo más que obedecer; y acto continuo recogí las cuartillas, empuñé la péñola (me la quité primero de la oreja) y la dejé correr (la pluma, no la oreja) como quien se lanza en pos de *panem lucrando*; y ya ven ustedes, que estos torcidos renglones se deben, exclusivamente, á la incontrastable energía de un empleado que, desde luego, merece un aplauso, y lo que será más de su agrado, aumento de paga.

PERO desprovisto de tema para llenar siquiera una columna, resolví irme en busca de la fuente Castalia de la inspiración, que si no me equivoco, está muy cerca de nuestros

talleres, en la Biblioteca de un ameno literato inédito. Como Pedro por su casa entré en la de mi nuevo Flaubert, que con bata de color pardo, á la manera del gran señor del Faubourg Saint Honoré, salió á recibirme con los brazos y el corazón abiertos, (de los primeros me consta, pero del segundo, no).

MI ilusión fué completa: aquí —pensé—encuentro lo que me hace falta. Este sabio es mi salvación, y si no, estoy perdido; porque el Director es todo un hombre de palabra, y si hoy, no echo un párrafo, no me da ni un centavo para pasar la semana.

LA de mi amigo, era una pieza grande, con muchos cuadros, anaqueles, en los que los libros estaban en rigurosa fila, como soldados veteranos; sillas, sillones y silletas; en fin, un estudio á la *négligé*. A cada momento creía que estaba en plena biblioteca—museo del bri-

llante autor de Salambó, y atisbaba si detrás de una raída cortina azul, cuchicheaban los íntimos del dueño de casa: Daudet, Zola, los hermanos Goncourt, Taine, y el obispo laico que se llama Ernesto Renán. Pero á ninguno de éstos ví, y como el ilustre manchego, quise consolarme con la idea de que un genio enemigo, envidioso de mi dicha, me hacía agua la aventura. ¡Qué de choques de opiniones! ¡qué de frases peregrinas! ¡qué de conocimientos nuevos! esperé en vano oír allí, á la hora melancólica en que *el sol se hunde con estrépito en el ocaso*, (así lo asegura un viejo que lo ha visto: Cornelio Tácito) y á través de las ventanas entran los últimos rayos y los últimos perfumes del día

ROTAS las alas de oro de la esperanza, y con más gana de volverme á mi pobre mesa de redacción, que de permanecer con mi camarada, pugnaba to-

davía entre lo uno y lo otro, mas, vino á decidirme por lo primero — en buena hora — la vanidad de no dejar tan sin más ni más llevar la victoria por la desgracia. Con acento de reconcentrado dolor me dirigí á mi amigo, balbuceando estas palabras: «Tú eres el hombre que por el esfuerzo de su robusto brazo, puede sacarme del pavoroso abismo de la desesperación. Se me ha agotado el chirumen por hoy, á consecuencia de haber sufrido los cálidos resplandores del luciente Febo, y es mi deseo que llenes de tu caudal las exhaustas bodegas de mi imaginación; porque si no llevo algo pensado por tí, carísimo Juan, mi ruina será inevitable. Date prisa, *no perdones la espuela* al generoso corcel de tu ingenio, que el tiempo es crudo, y según me refirió el bondadoso cajista, que *parará* este articulillo, ya las *negras hijas de Cadmó* están sedientas del *etiope licor* que es su delicia».


~~~~~

MI presunto redentor quedóse estupefacto al verirme de todas con este modernista discurso; pero en el acto reaccionó y con la mayor sangre fría del mundo me dijo: «No te puedo servir, amigo mío, y lo siento, porque acaba de dar á luz mi esposa un niño, que parece hecho en la turquesa de los ángeles, y no estoy para literaturas. Anda y dile á tu exigente patrón, que se venga por acá para echar los tres una cana al aire».

EN un santiamén estuve de regreso en la oficina y puse á mi Jefe al tanto de lo que pasaba, y admitida que fué por él la invitación de Juanito Cerote, poeta decadente, pero sin aspiraciones, nos lanzamos con ato y garabato á celebrar el nacimiento del infante, en cuyo jolgorio he estado como en mi verdadero *centro de gravedad*. . . . .

Mayo de 1906.

## De mis lecturas

(Escrito en un ejemplar de "Los Trofeos")

~~~~~

Es el célebre artífice del Soneto.

DE las eternas canteras de Grecia sacó el mármol pentélico para sus divinos templos de catorce columnas.

Lo que queda de él es mucho en poco. Un libro! Libro admirable y sereno que vivirá siempre, porque sobre sus páginas no corre el viento de la tierra, cálido é insalubre, sino el

aura blanda y sana de la vida sagrada del Olimpo.

MEDALLAS, bajos relieves, estatuetas, logias, he allí su obra llevada á cabo con pasión de artista. El canto no le arrebató el numen, por eso no fué de los múltiparos de la literatura. Cincelaba piezas perfectas de orfebrería, que son el esfuerzo más grande de la palabra por convertirse en objeto precioso.

EL suave agenjo verleniano y el fuerte amargo de Baudelaire, no son más puros y deliciosos que el noble vino de Heredia, que gana calidades envejeciendo. Esa copa áurea no debe apartarse de los labios, porque produce la embriaguez griega.

LA capacidad de admirar es toda la fuerza del crítico; pero ahora no estudio los acabados sonetos de «Los Trofeos», sólo los contemplo como si fueran lindas joyas del cofre

de esa opulenta reina que se llama Métrica Francesa Parnasiana.

¡QUÉ arte tan adorable el de Heredia! Sus versos no son hechos en el molde de la cursilería literaria que deshonra la poesía moderna; en esta rica colección cada palabra se cuida como la faceta de una piedra inestimable, como una vená de nácar, como una de esas casi inasibles películas de esmalte que embellecen un anillo de oro bruñido. Heredia es del mismo gusto plástico que aquel personaje de Gautier, que enamorado perdido de lo firme y escultural, soñaba cuadros que parecieran bajo-relieves de colores; por esto su genio poético es netamente peculiar de él, y la imitación de sus formas resulta, por lo general, débil é inadecuada.

Sé que ha muerto este soberano artista y que sus despojos reposan en el Cementerio

de Rouen; y si algún día la ola de la vida me arrastra por las grandes capitales de Europa, ofrézcoles á los manes de tan alto poeta, visitar su túmulo de aeda y leer sentado sobre la lápida los versos de este libro de hojas de mármol que parece descubierto en la vía Appia, el mismo día en que unos rústicos obreros lombardos hallaron la estatua de la belleza eterna.

(En las páginas en blanco de «Las Flores del Mal»)

BAUDELAIRE es el tipo acabado del poeta caballero y el más notable de los *symbolistas* franceses. Odiaba lo ridículo, burgués y sucio; y si en su ramo opulento de *flores del mal* hay algunas extrañas, de colores metálicos y perfume acre, cuyo cáliz, en lugar de rocío, contiene amargas lágrimas ó gotas de veneno, es porque no

crecen otras en el fango pútrido de las calles de la gran Ciudad.

BAUDELAIRE gustaba más de los productos mórbidos de la floresta tropical, caliente, lujosa y vivamente colorida, que de los románticos rinconcitos campestres tapizados de rosas y violetas y henchidos de jilgueros. Su genio poético era aristocrático y masculino; y sólo bajó á lo cloaca repugnante y malsana, para reconocer mejor sus ponzoñas y denunciarlas á la sociedad decrepita y enferma en que vivía.

ADORO sus versos y me encanta su persona. Nadie como él ha cantado á los perfumes. Es sin duda el único que ha tenido esta idea simpática, pues todos se contentan con que figuren en sus versos, la luz, el color, la música, el vino, pero casi nunca derraman en ellos la gota de esencia fina con que Baudelaire, *gentleman* irreprochable, humedecía la batista de

su pañuelo. Cuando abro cualquiera de sus libros, me creo penetrar en su cuarto de poeta joven y de elegante, donde sobre una mesita de ébano se encuentra un frasco de heliotropo, y sobre un sillón de damasco granate, un blando chal de cachemira, dejado negligentemente allí, tal vez por la dueño de esa hermosa cabellera negra que él ofrecía sembrar de perlas y rubíes!

EL vulgo habla de su pasión fatal por el haschids, pero jamás de su talento. Baudelaire pertenece á la clase de las *almas sagradas* que vienen al mundo con la vocación del martirio, destinadas al altar, víctimas sacrificadas por una providencia diabólica!

BAUDELAIRE adoró toda su vida el ideal negro encarnado en los vigorosos miembros de una bella malabaresa. En sus brazos ardientes palpitaba de férvida pasión todo el organismo impresionable y eléctrico

del poeta que, cansado pero no harto de sensaciones, pasaba de las enervantes caricias de su amada á los muelles divanes del Hotel Pímodan á soñar en los *paraísos artificiales* del ópio. Y murió joven como Chenier y Poe, como ambos llena la mente de «algo» sublime, pero con el pecho ulcerado por las mordeduras de los áspides de la envidia.

